

El Caribe en la obra de Darcy Ribeiro

Por *María Elena RODRÍGUEZ OZÁN*
Universidad Nacional Autónoma de México

*Para Gregorio con mucho cariño**

HACE ALGUNOS AÑOS recibí de la Biblioteca Ayacucho una amable invitación para prologar *Las Américas y la civilización*, de Darcy Ribeiro. La generosidad de mi querido y recordado amigo había hecho que sugiriera mi nombre para esta presentación. La tarea no era fácil, ya que el libro, como su autor lo define, tenía “ambiciones excesivas”.

Era el primer intento, en la historiografía americana, de presentar un estudio que comprendiera a todo el continente y, como si esto fuera poco, quería incluirlo en el mundo al que pertenece y no considerarlo como un fenómeno aislado.

La obra a que me refiero forma parte de cinco volúmenes que en un total de casi dos mil páginas son un estudio de antropología de la civilización.

En *Las Américas y la civilización*, que es el segundo volumen, se hace una interesante clasificación de los pueblos americanos y ésta constituye el núcleo central de la obra. El planteo resulta original, además de ser el primer intento hecho por un latinoamericano de analizar la formación de las etnias nacionales y las causas que produjeron un desarrollo desigual. El tema es abordado desde la perspectiva de la antropología social, haciendo hincapié no sólo en factores antropológicos, sino también en los culturales, socia-

* En el comienzo de los sesenta conocí en El Colegio de México a Gregorio Weinberg. Venía de regreso de Estados Unidos y fue a visitar a Leopoldo Zea. En nuestro primer encuentro me llamó mucho la atención la claridad y el entusiasmo con que analizaba los problemas del continente y las relaciones de las dos Américas. Los análisis que hacía no sólo eran muy inteligentes, sino que además los expresaba con una simpatía muy especial que le he admirado siempre. Desde ese encuentro iniciamos una amistad y colaboración que hemos mantenido a lo largo de los años. En la década de los ochenta nuestra amistad adquirió otra dimensión con la boda de nuestros hijos. En la actualidad, además de los lazos intelectuales y afectivos, compartimos tres nietas, de las que los dos somos unos abuelos muy orgullosos.

les y económicos que lo hicieron posible. Para Darcy la antropología social es la disciplina que por su “amplitud de interés y su flexibilidad metodológica” tiene más posibilidades de encarar un estudio tan amplio.

Las Américas y la civilización se publicó a finales de la década de los sesenta, siendo la edición en español anterior a la portuguesa. En el trabajo se estudia el desarrollo desigual de las sociedades americanas y expresa la intención de demostrar que los cambios o la perpetuación de las sociedades humanas son determinados por factores causales. El desarrollo desigual en el mundo contemporáneo sólo se puede explicar como resultado de “procesos históricos generales de transformación” que alcanzaron a cada pueblo de una forma distinta. Según esta concepción, las sociedades subdesarrolladas no son etapas anteriores de las desarrolladas, sino la contraparte necesaria para la perpetuación del sistema.

El autor considera que el mundo perdió su diferenciación con la expansión europea. Todas las culturas peculiares, como las lenguas de los hombres que a ellas pertenecían, son adscritas a un sistema económico único, y esto da como resultado el resurgimiento de una uniformidad que no existía. Se pierde lo auténtico por la imposición de la cultura europea, sin embargo ésta no logra terminar con las singularidades. Nacen las etnias nacionales, aunque ahora dependientes. Es el nuevo mundo creado por la colonización europea, en donde el mestizaje y el sincretismo religioso aparecen como un signo de inferioridad. Es en la segunda mitad del siglo xx que se empiezan a superar estos prejuicios y se comienza a sentir orgullo de la figura nacional. Muchos factores han influido en esta nueva perspectiva, especialmente importante de destacar fue el choque que produjo la rebelión de los pueblos de África después de la segunda Guerra Mundial y el paulatino movimiento de descolonización de los demás pueblos del Tercer Mundo.

En la clasificación de los pueblos de América hecha por Darcy Ribeiro hay tres tipos: pueblos testimonio, pueblos nuevos y pueblos transplantados.

Los primeros son el resultado del mestizaje de etnias precolumbinas con un gran desarrollo y una cultura importante que se mezclaron con los europeos. Tal sería el caso de México y Centroamérica, en donde existieron los imperios azteca y maya. En el Pacífico, Perú, que resultó de la fusión con el imperio incaico.

Los pueblos nuevos surgen de la mezcla de etnias aborígenes menos desarrolladas con los europeos. Serían, por ejemplo: Venezuela, Colombia, una parte de Brasil y el Caribe.

En cuanto a los pueblos transplantados que se produjeron como resultado de la inmigración masiva, especialmente de europeos, destacan Canadá y Estados Unidos en la América del Norte y el sur de Brasil y el Río de la Plata en la América del Sur.

En los pueblos nuevos coloca el autor al Caribe, a los que por cierto, da el nombre de “los antillanos”. Ésta fue la América que conoció y deslumbró a Colón y le hizo pensar que era el paraíso, como escribió en su diario.

Comprende las numerosas islas que se extienden desde las Guayanas hasta la Florida. Los nombres de Antillas, Indias Occidentales y Caribe son las designaciones con que los diferentes colonizadores españoles, ingleses, franceses o norteamericanos las denominaron. El término *Caribe* incluye a todas las zonas que recibían grandes contingentes negros, por eso, a veces, se extiende a Centroamérica, Colombia, Venezuela, las Guayanas e incluso al sur de Estados Unidos.

Es esta región una de las más densamente pobladas del continente, incluso del mundo, y en donde son más evidentes los estragos producidos por los diferentes colonialismos.

El estudio de los pueblos que integran las Antillas es muy rico, especialmente en los temas que sirven de ejes a esta obra, como son las etnias nacionales y el proceso que les dio origen. Estas etnias nacionales —dice el autor— son las que menos han madurado en el continente y las más fraccionadas por la discriminación social y racial. Esto llega a extremos tales que negros, mulatos, hindúes y blancos pobres se enfrentan entre sí con mayor hostilidad que la que tienen con los grupos de poder extranjeros. El pacto colonial los marcó de una forma violenta creando la imagen denigrante que tienen de sí mismos y que sólo en la última parte del siglo han comenzado a superar.

El comportamiento de la población negra en esta región tiene como el mayor problema la asimilación que tanto negros como mulatos hicieron de todos los valores discriminatorios de los blancos. Así, se consideran a sí mismos como gente de segunda categoría. Ha sido necesario mucho tiempo para que comenzaran a buscar su autodefinición y un camino que les permita su emancipación.

El mestizaje fue intenso y la mayor diferencia con el resto del continente fue la falta de una madre indígena que enseñara el arraigo a la tierra, las tradiciones y los valores de la cultura autóctona.

Los perfiles antillanos quedaron muy pronto diferenciados: por un lado el hispano católico y por otro el protestante constituido por ingleses, holandeses, norteamericanos e incluso algunos franceses.

El estudio de las Antillas ofrece con toda su crudeza los efectos de la colonización europea y norteamericana ejercida a través del sistema de *plantations*. También son un ejemplo de lo poco que sirve la autonomía política si se carece de la autonomía económica.

El sistema colonial de las *plantations*, nos dice el autor, produjo ganancias millonarias a Europa y posteriormente a Estados Unidos, especialmente durante los siglos xvii y xviii. Estas islas fueron “las madres de la riquísima y orgullosa república yanki”, y además “la contraparte negra, esclava y miserable de la América del norte blanca, rica y libre”. Las dos economías resultaron complementarias, crecieron y se desarrollaron juntas.

La sociedad norteamericana nació con autonomía, productora de cereales, generando modelos empresariales de producción y comercialización, con formas de autogobierno en las que cada vez eran más respetados los intereses populares, y donde además fue posible integrar las masas de inmigrantes y comenzar a poner firmes los cimientos de la democracia. A este proceso, para Darcy Ribeiro, contribuyó enormemente la religión protestante, que al no tener un esquema autoritario como el catolicismo colaboró para extender los principios igualitarios.

Para el autor, la guerra entre el norte y el sur en los Estados Unidos tiene su explicación en que el sur aplicó, en cierta forma, el sistema de las *plantations* con el régimen esclavista como en las Antillas, a lo que se opuso el norte yanki con un sistema ya democrático.

En cambio la sociedad antillana era una “sociedad cautiva” donde existía una minoría de plantadores en medio de un pueblo esclavo, donde era fuerte el proceso de deculturación de los negros africanos para asimilarlos a un complejo cultural rudimentario donde lo único que interesaba era el rendimiento económico.

El sistema antillano permitió una alta concentración de la renta que producía fabulosas ganancias al capital extranjero que las administraba pero, al mismo tiempo, el contraste social era marcadí-

simo. La diferencia era enorme entre el grado de confort que lograban los dueños residentes y la masa humana que se empleaba en este proceso productivo. Ahora bien, todo este proceso de explotación estaba organizado hacia afuera, era un verdadero enclave económico, en donde se invertía en reposición sólo lo indispensable.

La mayoría de la población negra estaba sometida a tal opresión que las manifestaciones culturales fueron muy reducidas. Además de que los idiomas europeos se alteraron y resultaron muy rústicos, las otras expresiones de la cultura tuvieron muy poco espacio, de hecho los únicos canales por donde expresaron su creatividad fueron "la expresión ideológica, artística y religiosa de su drama de hombres transformados en bestias".

Especial importancia da el autor a los cultos secretos. Entre la población negra la religión se convirtió en la única oportunidad de convivencia social. El vudú afroantillano, con patrones sincréticos de culto católico, cristiano y divinidades africanas, constituyó el refugio del negro-masa. Estas manifestaciones religiosas tienen una marcada tendencia antiblanca y subversiva porque se oponen a los valores europeos.

Sobreponiéndose a esta situación surge en la segunda mitad del siglo un movimiento que se llamó "renacimiento antillano", que trata de reivindicar los valores de los negros. En este movimiento surgió una teoría, que fue acusada de racismo, llamada "la negritud", y que sólo se explica como una forma de equilibrar la tara de la blanquitud.

La economía azucarera de las Antillas interesa mucho al autor y la relaciona con la expansión holandesa en las islas, después de la expulsión de los holandeses del Brasil. El monocultivo, con todas las limitaciones que supone, es estudiado en cada una de las islas. Puerto Rico, Haití, así como el resto de la zona en donde dominó el cultivo azucarero, son analizados. Igual tratamiento tienen el declive de las colonizaciones europeas y el ascenso cada vez más notorio de la supremacía norteamericana.

Dentro de las Antillas españolas el autor dedica especial atención a Cuba, a la que califica como la más rendidora de las neocolonias de Norteamérica. En la interpretación que hace de la Revolución Cubana coincide con pensadores latinoamericanos como Leopoldo Zea. Para ambos, los líderes revolucionarios no tenían en los primeros meses un modelo ordenador, sino que afrontaron directamente los problemas, comprometidos solamente con resolverlos, sin posiciones doctrinarias y con el apoyo del pueblo.

La actitud asumida por el gobierno norteamericano, que quería mantener sus privilegios, y la decisión irreductible de los revolucionarios de efectuar cambios a la sociedad y la economía del país son inconciliables. Así, el camino socialista se va imponiendo a los cubanos como “el cauce natural por donde habrán de correr las aguas del embalse roto si se mantenían fieles a sus designios de reestructurar la sociedad de acuerdo con el interés nacional y popular”. No solamente tienen esta visión de la revolución pensadores como Leopoldo Zea o Darcy Ribeiro. Ernesto Guevara —el Che—, un importante miembro de este movimiento, presenta una similar interpretación en una carta a Ernesto Sábato.

Pensamos que los juicios y el entusiasmo de Darcy sobre la Revolución Cubana son típicos, representativos de los intelectuales comprometidos en la década de los sesenta. Conociendo el agudo espíritu crítico de nuestro autor estamos seguros de que en estos años noventa haría sensibles cambios a muchas de sus interpretaciones.